IDA Y VUELTA

(CUENTO)

¿CÓMO era Carlos II el Hechizado? Como el señorito Kelele.

Todas las mañanas, sobre las nueve y media, Kelele coge el autobús número 2 hasta el final. La última parada está en un barrio con hotelitos, jardines, garajes, árboles. Frente a la parada hay un colegio. Un colegio sin maestros ni licenciados, que casi nunca se afeitan por la mañana, que están siempre a disgusto con el Gobierno y el sueldo y huelen demasiado a café; un colegio sólo para la esperanza, regido por pedagogos y doctores. En la última parada se baja el señorito Kelele con una niña de dieciséis años, su acompañante habitual: la chacha. Tiene solamente diez años más que él.

La cosa, hasta aquí, es corriente.

Carlillos II era—ya lo hemos dicho—como Kelele. Pero éste, ¿cómo es? Los dos, él y su chacha, van sentados, juntos, en el autobús. Vamos a observarles tranquila, minuciosamente; hay tiempo. El viaje dura, todos los días, veinticinco minutos, más o menos.

Kelele usa un libro sólo: delgado, ancho, en cartoné, con espacios en blanco, letras grandes, dibujos en colores y mapas. El libro lo lleva ella, la chacha. Lo lleva abierto y estudia. Mueve los labios, yergue la cabeza y, recordando, cierra los ojos. O los abre mucho haciéndose cargo, cayendo en la cuenta de lo que lee: LOS HOMBRES PRIMITIVOS VIVIAN EN CHOZAS O CUEVAS Y SUS VESTIDOS ERAN DE PIELES (La civilización sólo les ha quitado las pieles, *piensa); LOS HABITANTES DEL MUNDO PUEDEN AGRUPARSE EN CINCO RAZAS: BLANCA, NEGRA, AMARILLA, ACEITUNADA Y COBRIZA* (Salvo las hijas de *Seisdedos,* que son como la leche, todos en el pueblo éramos de raza cobriza y aceitunada). *A veces, sus ojos crudos, montaraces, negros, se distraen mirando la falda de una muchacha, el tipo de una señora o la gran espalda del conductor, si los viajeros del autobús no la tapan. Siempre es así. Todos los días laborables por la mañana. Ella va con las medias muy tirantes, con su abrigo rojo—campeón de domingos, carreteras y plazas—, con el libro entre las manos un poco regordetas, coloradas, aún con el recuerdo tieso del agua de la pila. La chacha estudia. Durante todo el trayecto.*

Kelele va medio acostado en el asiento, a su lado. Su cara prolongada, pálida, adormecida, emerge de una agobiante capucha. Le cuelgan las piernecillas, que no llegan al suelo y apenas mueve. El señorito tiene ojos cansados, distantes, ajenos, mansos. A veces se alzan hasta la cara de la muchacha con desvanecida complacencia. La cara apunta al techo del autobús; los ojos, librados a duras penas de los párpados, a la chica.

Parece que le gusta que se cultive, que lea. El libro es suyo; lo sabe. Pero a él le pesa, lo pierde, se le cae. Por ciclos, se le cierra y abre la boca y aparece en ella la lengua, nunca del todo ausente: una bolita brillante, sonrosada, fuerte. Aletargada, segregante y viva como un caracol. El señorito Kelele ostenta, con victimaria inocencia, la superioridad que le han dado, días tras día, durante seis años. A veces la muchacha saca un pañolito con flores y, briosamente, le estruja la nariz. Él no se mueve y, cuando ella ha terminado, la mira con amor remoto, dulzón, perruno. Se ve que ahora ya, tan pronto, es capaz de perderlo todo: los pantalones, el pañuelo, la capucha, el libro, un imperio en que no se ponga el sol; pero, además, que es capaz de tener todo eso para perderlo. Piensa uno, mirándole, en lo que le falta y le sobra a un niño así. En las chachas, abuelos, médicos, vitaminas, consultas, calefacción, bufandas, capuchas. En la incubadora constante de donde sale cuando va al colegio y adonde vuelve. Y en la ausencia aplastante de dificultades de que gozan sus padres para llamar "Kelele" a un hijo suyo, por modesto que sea. Kelele vive y es, por lo tanto, un río; un pobre río que se apaga o duerme. Un hilo de agua que sonríe, remoto, al torrente sediento que pasa por su libro y lo abre para algo, como se abre en el campo la flor, la mujer, la tierra.

En el viaje de vuelta no vamos juntos. ¿Qué pasará? Ella quizá esté ya cansada y lleve cerrado el libro, no lo sé. Ahora los dos viajeros—y yo—van a bajarse. El que va de ida agarra la mano fuertemente al que va de vuelta.

MEDARDO FRAILE